



GUSTAVO
WILCHES -CHAUX

**AUGE, CAÍDA Y LEVANTADA DE
FELIPE PINILLO, MECÁNICO Y
SOLDADOR O YO VOY A CORRER
EL RIESGO**

GUÍA DE LA RED PARA LA GESTIÓN LOCAL DEL RIESGO

LA RED

Red de Estudios Sociales en Prevención de
Desastres en América Latina

1998

La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina: LA RED tiene el orgullo de presentar el primer volumen de la Guía de LA RED para la Gestión Local del Riesgo en América Latina también conocida como Auge, Caída y Levantada de Felipe Pinillo, Mecánico y Soldador o Yo voy a correr el riesgo.

Fruto de un largo proceso de trabajo colectivo, este material pone más énfasis en la gestión del riesgo que en el manejo de los desastres, en los desastres de pequeña y mediana escala que afectan a todos los países de la región todos los años que en las catástrofes grandes pero eventuales, y está dirigido a los actores locales de las municipalidades, comités locales, ONGs y otros que son los que están en la línea de fuego de la gestión del riesgo, en vez de dirigirse a funcionarios nacionales e internacionales; buscando hacer un deslinde claro con la mayoría de los materiales de capacitación que existen sobre desastres en la región, que privilegian las tareas de respuesta y de preparativos. Es también una oportunidad de volcar el enfoque de LA RED hacia actores que hasta el momento no habían sido atendidos por la publicación de los libros y la revista *Desastres & Sociedad*.

Vale decir que la Guía no es un "Manual" para enseñar paso a paso cómo hacer la gestión del riesgo a nivel local. Los riesgos locales y los contextos ecológicos y humanos en los cuales estos se configuran en América Latina son tan heterogéneos y complejos que cualquier "manual" inevitablemente chocaría contra especificidades y culturas locales con recetas que inmediatamente resultan absurdas.

Por otro lado, no es y nunca ha sido propósito de LA RED imponer una "doctrina" de gestión del riesgo que tiene que seguirse a la letra sino "desinventar" los enfoques e ideas preconcebidas a través de procesos de auto cuestionamiento y reflexión. Con la publicación de la presente Guía queremos abrir ventanas para imaginar y crear nuevos paradigmas de gestión del riesgo en los escenarios locales: paradigmas que deben reflejar la complejidad y diversidad de las tierras desde donde brotan.

De esta manera, a la vez que contar el -final de una historia empezamos a tejer los primeros hilos de otra, en la cual la Guía sale de nuestras manos y mediante talleres y pláticas, lecturas y sueños, saltos y sobresaltos empieza a internarse en las selvas y desiertos, ciudades y pueblos, municipios y sistemas, bares y cantinas, parques y playas de América Latina.

TABLA DE CONTENIDO

LOS DESASTRES Y EL DESARROLLO.....	2
RELACIONES ENTRE DESASTRES Y DESARROLLO	2
EL IMPACTO ECONÓMICO DE LOS DESASTRES	7
EL IMPACTO POLÍTICO DE LOS DESASTRES	9
EL IMPACTO SICOLÓGICO Y CULTURAL DE LOS DESASTRES	10

LOS DESASTRES Y EL DESARROLLO

El origen mismo de la palabra desastre, que quiere decir *mala estrella*, indica que estos fenómenos siempre se han asociado a grandes desgracias que interrumpen o retrasan el desarrollo de las regiones en donde se producen. Hay casos en los cuales, sin embargo, los desastres han podido aprovecharse como oportunidades para el cambio, y los recursos aplicados a la recuperación de las comunidades afectadas han servido para mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

Esto, desafortunadamente, no siempre resulta posible: por el contrario, muchas veces en países pobres, cuando ocurre un desastre, hay que destinar los recursos que se tenían para financiar actividades de desarrollo, a tratar de recuperar al menos las condiciones existentes antes del desastre. O hay que acudir a créditos internacionales que incrementan los niveles de endeudamiento de los países o de las regiones.

Relaciones entre desastres y desarrollo

Con la palabra *desastre* sucede lo mismo que con la palabra *tren* : cuando la pronunciamos en un país desarrollado y en un país del llamado Tercer Mundo suenan lo mismo pero, en la práctica, significan cosas de características muy diferentes.

En el periodo comprendido entre 1960 y 1981, por ejemplo, en el Japón se registraron 43 desastres, en los cuales murieron 2.700 personas. En el mismo periodo, en el Perú, se presentaron 31 desastres, en los cuales murieron 90.000 personas. (En el caso peruano, el 80% de esos muertos ocurrieron en un sólo evento: el desastre de Ancash de 1970, el mayor desastre ocurrido hasta ahora en el hemisferio occidental en términos de pérdidas humanas).

Como vimos en los primeros actos de la historia de Felipe Pinillo, la manera como nuestros países han ingresado al "desarrollo" incrementa de manera notable las debilidades - o vulnerabilidades • de la sociedad frente a su ambiente. En un estudio realizado en 1984 se demostró que el número de personas afectadas en el mundo por inundaciones, ciclones, terremotos y sequías, había pasado de 27 millones en la década de los sesenta, a más de 48 millones en la década siguiente, sin que se hubieran registrado cambios geológicos o climáticos capaces de justificar ese incremento.

Si en la fórmula $\text{RIESGO} = \text{AMENAZA} \times \text{VULNERABILIDAD}$, el factor AMENAZA permanece relativamente constante (pues ya indicamos que no había registro de grandes cambios geológicos ni climáticos), necesariamente hay que deducir que el otro factor, la VULNERABILIDAD, ha aumentado. Es decir, que entre una década y la otra, a pesar de haber transcurrido diez años de "desarrollo", la comunidad humana se hizo mucho más débil frente a los cambios del entorno: mucho más vulnerable.

EL DUENDE

En La Cuchilla nadie se acuerda bien desde hace cuánto vive gente en esas lomas, ni hace cuántos años comenzó a formarse el pueblo al pié de la quebrada, ni desde cuándo sabe la gente que hay que construir y sembrar a cierta distancia del agua, para que cuando lleguen las lluvias y suba la quebrada, no se lleve las cosechas y las casas.

Hasta los más viejos recuerdan historias que les contaban sus abuelos, que a su vez habían oído historias de sus propios abuelos : historias todas que habían sucedido allí, en esos filos que rodean La Cuchilla y que le dan su nombre al pueblo, o en la hondonada, o en los montes que cubren el nacimiento de la quebrada.

La llegada a La Cuchilla no es fácil. Tampoco es fácil sacar las cosechas al mercado. La línea pasa por arriba, por la carretera, pero de allí a La Cuchilla toca entrar a pié o en bestia loma abajo, porque no hay buen camino ni puente para que los carros crucen la quebrada.

Esa tarde la noticia corrió rápido, como corren en La Cuchilla todas las noticias importantes : habían visto a Julio bajar por el camino rumbo al pueblo. La información alteró especialmente a las muchachas.

Julio es de éstos que se pierden durante meses. Que se van a coger café al Quindío o a "jornaliar" al Valle (una vez fue a dar a Venezuela), y que súbitamente aparecen con pinta, con grabadora, con bicicleta "engallada", con plata.

Pero esta vez Julio, además de un reloj que parecía una caja de pomada, de un anillo con una piedra roja, de una cadena dorada y de un aparato extraño y grande que le colgaba de la espalda, traía una propuesta en grande ; echarle motosierra a la montaña. El había hablado con gente que compraba la madera y daba buena plata.

De hecho, eso era el aparato extraño y grande : una motosierra, Varios muchachos se agolparon alrededor de Julio cuando la prendió de un solo jalonazo y empezó a traquear y a echar humo como desesperada, A la señora Erminda sí no le hizo la menor gracia que Julio, para demostrar los poderes del aparato, hubiera reducido a astillas, en un abrir y cerrar de ojos, un asiento de palo que se le había quedado junto a la puerta de su casa.

"Que cómo así que echarle motosierra a la montaña", dijo don Braulio indignado. Porque don Braulio era de éstos que se contentaban con nada, de éstos que viven del pasado. Pero es que en La Cuchilla de éstos como don Braulio había varios. Y allí estaban, porque Dios los cría y ellos se juntan ; don Euclides, que no dejaba cortar ni un sólo palo de la cañada, don Modesto, la señora Transito, que se pasaba la vida recogiendo semillas y sembrando árboles, la señora Rosario, doña Erminda, que con seguridad se oponía porque seguía brava por el asiento serruchado. Hasta don Arturo Canencio había bajado a caballo de la -finca para asistir a la reunión que citó Julio en la escuela, Como que ninguno de los viejos le le comía cuento al progreso.

Pero en cambio entre los jóvenes la propuesta de Julio no parecía descabellada. Qué objeto tenía dejar esa montaña quieta haciendo nada. Esas lomas además eran tierra de nadie.

"¡Cómo que de nadie!" dijo la señora Gregoria que también estaba allí, y que nadie pensó que hubiera oído nada porque todo mundo creía que estaba sorda. "Cómo que de nadie si en esas montañas vive el Duende", siguió diciendo la señora Gregoria. Pero lo demás que dijo no se le oyó, porque todos los muchachos soltaron una carcajada, y porque Julio volvió a prender la motosierra en medio de los aplausos.

"Del Duende nos encargamos con esto", dijo Julio amagando con la motosierra y como tumbando de raíz un árbol imaginario.

"Pues a ustedes les dará mucha risa", dijo don Arturo Canencio después de que Julio apagó el aparato, "pero yo sé de más de uno a quien el Duende lo volvió sapo por haberse atrevido con la montaña".

"Pues aquí hay más de un viejo sapo", dijo agresivo un muchacho que tenía una camiseta de Rambo. Los demás comenzaron a croar como ranas. Más carcajadas.

"Yo si le oí a mí mamá contar muchas historias del Duende", les decía en voz baja la señora Tránsito a don Modesto y a la señora Rosario mientras salían de la reunión muy callados, como derrotados. "Yo sí oí de casos de gente que subía a echarle hacha a la montaña y que nunca volvía a aparecer, o que aparecía pero con la cabeza perdida, o convertida en sapo o en culebra", "Eso era cuando la gente grande iba a maltratar la montaña", dijo la señora Rosario. "Porque cuando el Duende se llevaba niños, juntos hacían toda clase de pilatunas, como tejerles trenzas en las crin a los caballos, pero a los niños no les hacía daño".

"Pues yo no iba a contar nada, pero les cuento", susurró don Modesto. "Cuando yo tenía cuatro años el Duende me llevó como una semana y después aparecí trepado en la copa de un árbol". Nunca me volví a divertir tanto.

Mientras tanto, frente a la escuela. Julio daba instrucciones para formar una cuadrilla que empezaría el día siguiente a talar la montaña. Sobraban los voluntarios.

"Pero antes hay que asistir al velorio del Duende", dijo duro el de la camiseta de Rambo, como para que oyera bien don Arturo Canencio que en ese momento se estaba montando al caballo,

Invierno

Nunca antes un invierno había estado tan bravo. Nunca antes la quebrada había traído tanto barro, ni tanta piedra, ni tanto tronco, ni había arrastrado tanto animal de monte, ni se había llevado cosechas y casas, ni había impedido que los niños llegaran a la escuela.

Nunca antes habían tenido que recoger el ganado para que no se lo fuera a tragar el agua, ni el agua había acabado con maizales enteros, ni nunca antes los habitantes de La Cuchilla, ni en los peores inviernos, habían pasado la noche en vela oyendo rugir la quebrada.

Pero eso sí, nunca antes habían llegado por allá los de los noticieros, ni nunca antes habían oído mencionar a cada rato el nombre de La Cuchilla por radio, ni nunca

antes habían llevado a regalar mercados con comidas raras enlatadas, a pesar de que el señor del informe del tiempo aseguraba por el radio que el invierno no había estado más fuerte que otros años.

Verano

Nunca antes un verano había estado tan bravo. Nunca antes la quebrada se había secado del todo, ni habían tenido que sacar a vender el ganado a cualquier precio para que no se muriera por falta de agua, ni se había dañado la cosecha de maíz antes de que hubieran comenzado a salir en las mazorcas los primeros granos, ni habían aparecido animales de monte muertos de sed en la montaña.

Nunca antes los campesinos de La Cuchilla habían tenido que irse a arrimar donde parientes de otras veredas, ni se habían visto en problemas para pagarle a la Caja, ni nunca antes había estado tan caro todo en las tiendas. Nunca antes en la escuela habían tenido que suspender las clases por la polvareda, ni las mujeres y los niños habían tenido que salir con cantinas y ollas y galones de plástico a buscar agua a un quebrada lejana, ni habían tenido que gastarse todo el día caminando.

Pero eso sí. volvieron los de los noticieros y se volvió a escuchar a cada rato el nombre de La Cuchilla por radio, y volvieron a regalar mercados con comidas raras enlatadas, a pesar de que el señor del informe del tiempo aseguraba por el radio que el verano no había estado más fuerte que otros años.

Fragmento de *¿Y qué es eso, DESARROLLO SOSTENIBLE?*
WILCHES-CHAUX. *Gustavo DNP, PNUD, CORPES AMAZONAS (Colombia, 1993)*

Cómo afectan los desastres al desarrollo

Los siguientes casos muestran de manera concreta cómo un desastre puede afectar el desarrollo del país en donde ocurre. Dicha afectación puede surgir, como en los ejemplos, de un gran desastre, pero también como resultado de la suma de una cantidad de pequeños desastres acumulados.

En el año 1974, el paso del huracán Fifi por Honduras, además de numerosas pérdidas humanas y materiales, significó la reducción durante varios años del Producto Interno Bruto (PIB) del país, que en los años anteriores al desastre había mantenido una tasa anual de crecimiento del 5%.

Luego del terremoto de El Salvador en 1986, decreció la economía, los costos de la reconstrucción obligaron a duplicar la deuda externa y el desempleo en el área metropolitana de San Salvador pasó del 26 al 35%.

El paso del huracán Joan por Nicaragua en 1988 produjo daños por un valor equivalente al 40% del Producto Interno Bruto del país en ese año, la tasa de crecimiento de la economía se redujo durante los años siguientes y la inflación se elevó de manera considerable.

El fenómeno de El Niño (1982-1983) se reflejó en las economías del Perú, Ecuador, Chile y Bolivia como una reducción en las tasas de crecimiento económico y una disminución superior al 10% en los ingresos por habitante; la pérdida total o parcial de los medios de producción de cerca de 4 millones de personas, la desaparición de

servicios de salud y educación, la escasez de alimentos, el incremento de la desnutrición, el aumento en los niveles de mortalidad y la escasez de productos agrícolas.

En 1989, una fuerte nevada sobre la zona cafetalera de la parte tropical de la Sierra Madre Oriental de México, "quemó" los cafetales y produjo la pérdida de la totalidad de la cosecha de café, de la cual dependían alrededor de 50.000 agricultores. Los expertos estimaron que el suelo tardaría por lo menos 10 años en recuperarse de los efectos de las bajas temperaturas. Este último es un ejemplo de aquellos "desastres locales" que, al afectar los medios de subsistencia de las comunidades, ocasionan efectos de largo plazo, de los cuales los afectados tardan muchos años en recuperarse o nunca se recuperan del todo.

Sin embargo, como antes se dijo, también existen ejemplos de desastres que han logrado convertirse en oportunidades para mejorar las condiciones económicas y la calidad de vida de las comunidades afectadas.

El "desarrollo" como causa de desastres

No nos vamos a detener en este punto, pues la historia de nuestro ya amigo Felipe Pinillo, constituye una metáfora de cómo el llamado "desarrollo" (representado en el paso de un modelo de vida rural a uno urbano, el cambio de patrones culturales propios por patrones importados, la "mala copia" de modelos de desarrollo surgidos de otros procesos económicos, históricos y sociales, etc.), sustituye unas vulnerabilidades por otras o crea nuevas y más graves vulnerabilidades, cuando no genera también nuevas amenazas.

Para que le podamos quitar las comillas al "desarrollo", ese proceso debe conducir a mejorar la calidad de vida de las personas (y no sólo los indicadores económicos) y a reducir la vulnerabilidad de las comunidades en sus diferentes expresiones (física, ecológica, técnica, económica, social, etc.) en lugar de incrementarla.

Con mucha frecuencia oímos hablar de "países desarrollados", "países subdesarrollados" o "países en vías de desarrollo".

Generalmente los "países desarrollados" son los también llamados "países industriales".

En una fotografía se puede distinguir fácilmente si un país es "desarrollado" o "subdesarrollado": los primeros tienen edificios enormes, grandes avenidas, carros lujosos, supermercados, fábricas con altas chimeneas y, según parece, mucha, mucha plata.

Los segundos, en cambio, tienen carreteras sin pavimentar, carros viejos, gente pobre, talleres artesanales en lugar de fábricas, plazas de mercado y mercados en las plazas y, según parece, poca, muy poca plata.

En la realidad, sin embargo, no es tan fácil distinguir como en las fotos si un país es "desarrollado" o "subdesarrollado". Por ejemplo, algunas ciudades de América Latina (o mejor: algunas partes de algunas ciudades de América Latina), parecen de países "desarrollados". Otras, en cambio, parecen de países "subdesarrollados".

Una vez conocí a un hombre que cuando le preguntaban "¿Como estás?", siempre contestaba: "¿Comparado con quién?"

Cuando hablamos de "desarrollo" o de "subdesarrollo" nos estamos comparando con otros. Nunca pensamos si somos "desarrollados" o "subdesarrollados" en relación con nuestra propia forma de vida, con nuestras propias aspiraciones y necesidades. Seremos "desarrollados" en la medida en que nos parezcamos a las grandes ciudades de los Estados Unidos o de Europa, y "subdesarrollados" en la medida en que seamos diferentes a ellas.

También, en la medida en que nos parezcamos a nosotros mismos, seremos "subdesarrollados". Pero seremos un "país en vías de desarrollo" cuando nos comencemos a parecer a los otros.

El concepto de "desarrollo" y el concepto de "calidad de vida", no siempre apuntan hacia el mismo lado.

Un campesino que tenga una parcela en un país "subdesarrollado" y que produzca con su familia sus propios alimentos, podría tener una mejor calidad de vida que una persona que habite con su familia en un apartamento de 40 metros cuadrados, en un edificio de una ciudad "desarrollada", que únicamente consuma alimentos artificiales o enlatados. y que sólo pueda ver a sus hijos una vez por semana porque vive muy ocupado.

Como también podría ser lo contrario ; habría que analizar en detalle cada caso.

Fragmento de *¿Y qué es eso, DESARROLLO SOSTENIBLE?*
WILCHES-CHAUX Gustavo
DNP, PNUD, CORPES AMAZONAS (Colombia, 1993)

El impacto económico de los desastres

Además de las pérdidas humanas (muertes, heridos, desapariciones, traumas psicológicos, desintegración familiar, etc.), los desastres generan sobre las regiones y comunidades afectadas un impacto económico que no siempre resulta fácil de identificar y evaluar. La Comisión Económica para América Latina CEPAL, ha propuesto una de las más completas metodologías existentes para cuantificar las pérdidas materiales ocasionadas por un desastre, las cuales analiza desde los siguientes aspectos:

- Los efectos directos sobre los bienes o el patrimonio material de la población afectada, a nivel individual y colectivo (viviendas, infraestructura productiva, vial y de servicios, dotación comunitaria, materiales y equipos, cosechas, destrucción ambiental, etc.).
- Los efectos indirectos resultantes de la reducción de la producción y la prestación de servicios (interrupción del transporte y las comunicaciones, interrupción en la prestación de servicios públicos, afectación al comercio, etc.).
- Los efectos secundarios o secuelas que puede generar un desastre a mediano y

largo plazo, tales como la disminución de la tasa de crecimiento y la afectación del desarrollo económico (reducción real de indicadores económicos como el producto interno bruto PIB, el ingreso per cápita IPC y la tasa de crecimiento económico, pérdida de participación en los mercados, reducción de exportaciones, incremento de importaciones, desabastecimiento de alimentos y materias primas, etc.).

El terremoto del Ecuador en 1987 ocasionó daños evaluados en cerca de 900 millones de dólares debido a la ruptura de un oleoducto del cual dependen gran parte de las exportaciones de crudo de ese país. También en el Ecuador, en 1993 el llamado "desastre de La Josefina", que causó 35 muertos, produjo pérdidas económicas por valor de 150 millones de dólares y puso en peligro una central hidroeléctrica que abastece de energía al 70 por ciento de la demanda ecuatoriana.

La necesidad de reorientar recursos destinados a programas de desarrollo, hacia la recuperación de la infraestructura perdida como consecuencia de un desastre, significa un empobrecimiento de la población y el aplazamiento de nuevas inversiones productivas o en infraestructura, aunque también se da con frecuencia el caso de que, con motivo de un desastre, en una región se realizan inversiones estatales y privadas que nunca se hubieran realizado en circunstancias de "normalidad". Comunidades que no tienen siquiera vecindad física con una región afectada por un desastre, pueden resultar "damnificadas" por el mismo, si los recursos que estaban destinados a ellas son reorientados hacia la zona de desastre.

Si bien es difícil evaluar la magnitud real de las pérdidas económicas directas o indirectas sobre la economía formal u "oficial" de una comunidad afectada por un desastre, más complicado resulta todavía determinar su impacto sobre la economía "informal" y los sectores que dependen de ella. En países en los cuales la economía informal absorbe un porcentaje significativo de mano de obra a través del comercio ambulante, la producción artesanal de bienes y servicios, y el denominado "rebusque" en general (incluyendo actividades al margen de la ley como el contrabando y los cultivos ilícitos), los desastres producen una ruptura de los ciclos de intercambio económico que por lo general se quedan sin cuantificar, debido a lo cual no siempre se obtiene un cuadro sobre el impacto real de un desastre sobre una comunidad. Esto para no mencionar el efecto de desastres como el terremoto del Páez (Colombia, 1994) sobre economías precapitalistas basadas en el trueque y al margen del mercado formal e informal, todavía vigentes en muchas regiones de América Latina y del llamado "Tercer Mundo" en general.

Otro aspecto importante de considerar es el efecto socioeconómico que causan sobre las comunidades los desastres considerados "pequeños" o "medianos", pero que, por su mayor frecuencia y por la vulnerabilidad de los afectados, pueden llegar a producir tantos traumatismos como los "grandes" desastres. "Pequeños desastres" que no atraen más que fugazmente la atención de los medios de comunicación (y que muchas veces ni siquiera se registran como tales) y que no alcanzan a convocar la solidaridad nacional e internacional, pero que pueden significar la pérdida absoluta de los medios de subsistencia para quienes padecen sus efectos. En la mayoría de los casos la atención de estos desastres corresponde única y exclusivamente a los gobiernos locales y a los propios afectados, a pesar de que aún en condiciones "normales" carecen de los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades. Recomendamos volver unas páginas atrás y analizar cómo los factores políticos y sociales de vulnerabilidad pueden contribuir a agravar para una comunidad los

efectos de estos llamados "pequeños" o "medianos desastres".

UNDÉCIMO ACTO

"Es mejor prevenir que curar"

Sabiduría popular

un sobrino de Felipe Pinillo se viene del campo a vivir con su tío, para terminar su último año de educación secundaria e ingresar a la Universidad. Trabajador incansable y con buen conocimiento de la agricultura, había logrado ahorrar los recursos necesarios para pagar su primer año de estudios universitarios. Al llegar a la ciudad consiguió un automóvil de segunda mano (un decir, porque debía ser de cuarta o de quinta mano a juzgar por su estado mecánico), pero a un precio tan bajo, que constituía una verdadera ganga.

Además de que, sólo así, podía hacerse de un carro sin sacrificar los recursos reservados para estudiar. El auto sin embargo, requería una urgente reparación en los sistemas de frenos y de dirección. Felipe Pinillo le ofreció hacerle el trabajo sin cobrar, pero el sobrino debía comprar los repuestos necesarios, bastante caros por lo demás. El sobrino de Felipe Pinillo hizo un cálculo y consideró que dada la vida útil que le quedaba al vehículo que acababa de comprar, no se justificaba invertirle una suma tan alta. Bastaría con andar con mucho cuidado mientras conseguía plata para cambiarlo por un carro mejor. Desgraciadamente, en la primera salida que hizo para ensayar su nueva adquisición, el carro perdió totalmente los frenos y se incrustó contra un camión repartidor de una panadería. El arreglo del camión de la panadería, más él llamado "lucro cesante" -que también le cobraron- le costó al sobrino de Felipe Pinillo diez veces más de lo que le hubieran costado los repuestos para los frenos y la dirección.

Sobra decir que la plata no le alcanzó para arreglar su propio carro y que tuvo que regresar al campo a recuperar su bolsillo... y aplazar- no sabe todavía por cuantos años su aspiración de ingresar a la Universidad.

Cuando la gestión del riesgo se entiende como un proceso estrechamente vinculado con la gestión del desarrollo sostenible de una región, salta a la vista la importancia de invertir en medidas de prevención y mitigación antes de la ocurrencia de un desastre, como una manera de proteger en el mediano y en el largo plazo la inversión social, más eficiente y menos traumática en todo sentido que la inversión que hay que realizar *a posteriori* para reparar los daños ya causados.

El impacto político de los desastres

Sabido es que los desastres no solamente destruyen edificios y casas, carreteras y puentes, sino que también deterioran "pactos de convivencia" a los cuales han llegado los actores sociales presentes en una región o en una comunidad, tras muchos años de convivencia, unas veces pacífica, otras veces no tanto. Pactos, expresos y conscientes unos, inconscientes o tácitos otros, que no se pueden reconstruir como se reconstruye una casa, sino que requieren de nuevos procesos sociales y políticos que conduzcan a nuevas concertaciones.

Superados los momentos iniciales tras la ocurrencia de un evento desencadenante (un terremoto, el paso de un huracán), luego del cual los sobrevivientes valoran el hecho de estar vivos por encima de cualquier circunstancia "mundana y temporal", comienzan a aparecer en el escenario nuevos y viejos conflictos de intereses, algunos siempre presentes en la comunidad, otros surgidos como consecuencia del desastre, otros que estaban allí pero ocultos y que el desastre se encarga de exponer a la luz. Un "mapa de conflictos" en un escenario de desastre mostrará enfrentamientos entre el Estado y la comunidad, entre terratenientes y campesinos desposeídos, entre distintos grupos étnicos, entre autoridades locales y autoridades regionales y nacionales, entre distintas iglesias y sectas religiosas, entre organizaciones no gubernamentales (ONGs) y gobierno, entre ONGs y comunidad y entre ONGs entre si.

Cuando es necesario reasentar comunidades por fuera de sus territorios de origen de manera permanente o temporal, surgen también conflictos entre comunidades (y autoridades) anfitrionas y comunidades reubicadas. La cantidad de combinaciones posibles en el mapa de conflictos es infinita y depende de las características particulares de cada proceso social.

La "culpa" de los desastres se suele adjudicar injustamente a la naturaleza o a Dios, pero existen casos en los cuales resulta muy evidente que un desastre se ha producido como consecuencia de determinadas acciones u omisiones humanas: negligencia en la construcción de infraestructura, falta o mal funcionamiento de sistemas de alerta, incumplimiento de leyes y reglamentos existentes sobre uso del suelo, falta de mantenimiento en obras de infraestructura, descuido en la manipulación de sustancias peligrosas o en el control de procesos industriales. Un ejemplo típico de lo anterior fueron las explosiones ocurridas en la ciudad de Guadalajara (México) debido a fugas de combustible hacia las redes de alcantarillado, hecho sobre el cual la comunidad había dado la voz de alerta a las autoridades varios días antes de que se produjeran las diez explosiones que causaron la muerte de 259 personas y destruyeron Crece kilómetros de calles. El gobernador del Estado de Jalisco se vio obligado a renunciar y varios funcionarios públicos hallados responsables fueron a dar a la cárcel.

Los desastres pueden ofrecer también oportunidades para la organización comunitaria (la cual, si no existe, suele comenzar de manera espontánea en la medida en que la comunidad local es la primera en reaccionar en la emergencia), para el surgimiento de nuevos y más representativos líderes políticos y comunitarios, para el acceso de las mujeres a posiciones de liderazgo y para el acceso de las comunidades a espacios de participación e instancias de decisión que antes les eran negadas.

Si bien no se pueden establecer relaciones directas de causalidad entre un fenómeno y otro, existen varios casos en que la caída de un gobierno o de un régimen se produce después de la ocurrencia de un desastre que pone en evidencia, por una parte, las debilidades y fracturas del poder dominante, y por otra las posibilidades de la comunidad organizada.

El impacto psicológico y cultural de los desastres

Como hemos visto atrás, los desastres no sólo destruyen edificios y puentes, sino

que también alteran en una u otra forma relaciones políticas y sociales, y obstaculizan, frenan (o a veces aceleran) procesos económicos.

Pero, asimismo, los desastres producen efectos sobre la salud de las personas, los cuales se pueden dividir en físicos (fracturas, heridas, infecciones, algunas enfermedades producidas por las condiciones sanitarias que rodean al momento del impacto), psicológicos o emocionales (sensación no controlada de pérdida material o afectiva, ansiedad, depresión, abuso de alcohol y drogas, reacciones no controladas frente a la tensión o el stress), socioeconómicos (sensación de desamparo, destrucción material y ecológica, ruina económica, fragmentación familiar) y culturales (destrucción de valores, pérdida de sentido o significado en términos de una cosmovisión determinada, anomia o pérdida del sentido de pertenencia a un entorno cultural y ecológico, etc.).

Estos daños pueden producirse, como pueden también no producirse, de manera simultánea en las mismas personas, así como unos pueden estar íntimamente ligados a otros (como por ejemplo el traumatismo psicológico como consecuencia de la pérdida de facultades físicas o partes del cuerpo, la sensación de pérdida afectiva como consecuencia de la fragmentación de la familia y la muerte o el desplazamiento de algunas personas).

Algunos daños pueden aflorar desde un primer momento y de manera inmediata, otros pueden tomar un tiempo más largo y aparecer sólo cuando se hace evidente la magnitud real y la irreversibilidad de las pérdidas materiales, económicas, afectivas o culturales.

Como los desastres por lo general han sido vistos sólo como el producto de eventos externos, aislados, fortuitos y excepcionales, y no como procesos que se confunden con la historia misma de las comunidades afectadas y de sus relaciones con el ambiente circundante, en las evaluaciones de daños suelen tenerse en cuenta sólo las pérdidas materiales o las pérdidas económicas más evidentes, sin que los efectos psicológicos y culturales se consideren con toda la profundidad que merecen.

O son tenidos en cuenta, pero de una manera tal que en lugar de fortalecer la capacidad de autogestión de los actores locales, fortalece los estereotipos convencionales según los cuales los afectados por un desastre, tanto a nivel de comunidad como de autoridades, quedan automáticamente en situación de minusválidos, incapaces de tomar decisiones o de asumir el manejo de la emergencia.

Sin embargo, cuando nos aproximamos al tema de los desastres desde la óptica de la gestión del riesgo, según la cual los riesgos y sus ingredientes (amenazas, factores de vulnerabilidad o "vulnerabilidades") son procesos sociales, en cuya construcción y transformación los actores sociales (individuos y comunidades) juegan un papel activo y protagonice, la gestión del impacto psicológico y cultural pasa a un primer plano, tanto antes de que se produzca el evento que desencadena el desastre, como después de su ocurrencia.

Los factores educativos, culturales e ideológicos de vulnerabilidad de una comunidad y de los individuos que la conforman, son quizás las expresiones de la vulnerabilidad de una comunidad que más se relacionan (aunque no necesariamente las únicas) con los aspectos psicológicos y culturales de los riesgos. Actuar sobre es-

tos factores de la vulnerabilidad global antes o después de desencadenado un desastre, equivale, en términos de gestión del riesgo, a fortalecer la capacidad de los actores sociales para asumir un papel consciente y activo en los procesos que conducen a la comunidad, en una dirección, hacia nuevos desastres, y en otra, hacia el desarrollo sostenible.